

II. EL HUERTO DE LAS ACELGAS

Mi padre enamoró a mi madre contándole sus obsesiones con la radiación. Él vivía en Sevilla, en un apartamento de la Alameda que no tenía cerrojo, a veces le tocaba dormir en el sofá, con cualquier desconocido que hubiese perdido la camioneta. Las madrugadas en las que el destino estaba de su parte encontraba un hueco en los colchones puercos que había por el salón. Mis abuelos le mandaban algo de dinero, lo gastaba rápido, en drogas y en los demás. El resto del mes tenía que ganárselo y pasaba una vez cada noche por dos bares de copas. El Camarote, de diez a tres. El irlandés, hasta el cierre.

Aunque era un poco cafre, trabajaba bien y se hacía amigo de los dueños. Sus decisiones siempre eran las correctas y si vivía así, de aquella manera, era porque lo había elegido. Porque eso para él era el éxito, porque lo había leído en algún sitio. Creció en una de esas casitas que la compañía les había regalado a los mineros y que, una vez que la economía se puso bien, pudieron convertir en sitios habitables, diferentes, decorados. Cuando cumplió catorce se escapó de casa con su hermano, pasaron dos años en Aracena y después se fue a Sevilla. Su hermano, mi tío, no.

Durante alguna velada volvió al pueblo, y fue entonces cuando conoció a mi madre. Más pequeña que él. La reconoció, ahora

mayor y más bonita. Él llevaba una camisa blanca de lino, manchada y abierta. Los primeros y los últimos pelillos de hombre que le habían crecido en el pecho le asomaban por el cuello y conectaban perfectamente con los de su media melena. A mi madre siempre le habían gustado así, tunantes, extraños. Follaron.

Después de eso, mi padre volvió a Sevilla y siguieron follando, pero por cartas. Por cartas que yo, con diez años, acabaría descubriendo en mi primera jornada de exploración. En el pueblo los chavales estaban en otra cosa, en ir a los naranjos, embolsarse lo suficiente para tunear sus coches y, después, gastar el resto en las ferias. Esos ciclos se repetían periódicamente mientras vivían aún con sus padres y, como mucho, aspiraban a toparse con alguna muchacha fácil y resultona a la que preñar en sus bugas maqueados y luminiscentes. Él parecía más sensible, tenía un mundo interior hermético pero sin fronteras y se mostraba mucho más despierto ante todo lo que una mujer podía encerrar. Cuando se metía en su papel de chaval, le brotaban unos picos de virilidad patéticos que a mi madre le resultaban tiernos. Descubrió en ellos el único entresijo vulnerable por el que podía abrir a un hombre y, una vez despejado, penetrarlo. Ella misma.

Se enamoró del canijo del pelo largo porque siempre le dejaba algo con lo que fantasear, como si entre los dos él se hubiese preocupado en cavar un abismo en el que, por no tener la fuerza suficiente, las palabras de mi madre caían derrotadas al fondo. Como a La Corta, que la lluvia y el mineral habían convertido en una laguna colorada que, de tan oscura, parecía profunda. Lo parecía, aunque quizás solo pudiera ser un charco embarrado. Había que tirarse para adivinarlo.

Mi padre prometía más. El enigma humanoide la había elegido, estratégicamente y por alguna razón desconocida, a ella, que siempre se había visto muy normalita. Saltar sobre ese socavón

infernol sin tropezar y salvarse de ser absorbida por la nada era su misión. Una vez conseguido, antes de descubrir los secretos de mi padre real, como místicos animales pacientes al otro lado del salto, descubriría su encanto de mujer, sus cualidades recónditas. Su valor oculto.

Aquel chico había estado con muchas mujeres: locas, rapadas, jipis, indias, gordas, modelos, góticas, también con lesbianas y, muy seguramente, habría besado a algún tío. En aquella gran ciudad las habría más agraciadas y más listas. Y con casas bohemias y sombreros de época y estudios de arqueología, de medioambiente. Las habría de las que disfrutaban su música, la música, y de las que leían a Federica Montseny, y al indio de la barba. Osho. Pero el lugar de la novia, el asiento del copiloto, el beso de verdad, se lo había reservado a ella, tan calladita. Tan normalita. Ella confió en que podría darle algo más que el resto, al menos con su escucha de colegio, creyendo en él. Creyendo en eso de que el sistema aborrecía a mi padre, que lo perseguía, a él, personalmente. Y, aunque todo eso para ella fuese invisible, se esforzó tanto en confiar en el fugitivo que acabó viéndolo. Muy nítido.

Él la visitó varias veces cuando mi madre se fue a Huelva a estudiar la carrera de Trabajo Social, normalita. Se quedaba con ella la semana de los parciales para ayudarla con la casa, que la novia no se preocupara de lavadoras ni almuerzos. Mientras ella estaba en clase por las tardes, él se escapaba a la zona del Hotel Suárez, donde vivía Cristo, un colega que también se había ido del pueblo con la idea de llegar a Nueva York, montar su propia Factoría y exponer sus murales en el MoMA. Alguna cosilla se le había debido cruzar en su galopada de ilusiones al Hotel Chelsea que lo acabó dejando en el Suárez, con un piso compartido y una adicción al caballo. Cristo había estado gordo durante toda su

vida, mi padre lo había conocido así y, de un momento a otro, se convirtió en una flamante mariposa con ojeras y tetas caídas, pellejudas. Ahora era delgado gracias a la heroína, de un delgado chafardero que remembraba mocedades donde toda esa piel seguramente había estado inflada y roja. Para él, su físico era la vergüenza más visible de su fracaso innato, como obeso y, ahora, como el escuchimizado. Mi padre se distraía imaginando su cuerpo de crío, como un globo que atentaba con pinchar con el filo de una uña, y muchas veces huía sin querer de las conversaciones y volvía a su ilusión del obeso rojo, a punto de explotar, vestido de marinerito. ¿Me estás escuchando? Despertó. Sí.

La casa siempre estaba sucia, por eso él, maniático, intentaba verlo en algún parquecillo cercano, pero Cristo, como mi padre, también era un perseguido a su manera. La calle no era segura. Cristo, antes de seguir hablando, aspiraba de un porro que dejaba reposar sobre un plato con las sobras del mediodía. Cuando le contaba sus batallitas con los camellos y a veces alguien aporreaba la puerta para plantarle cara, mi padre se sentía parte de los conflictos del barrio, parte de algo. Se sentía un gánster, y lo defendía, aunque no tuviese razón, que nunca la tuvo. ¿Me escuchas? Ya era de noche. Que sí.

Cuando no puedo dormir, me levanto y me salgo al balcón. Miro al polo químico y las refinerías y me parece estar viendo Manhattan. Las dos ciudades están ubicadas entre dos rías que dan al mar. El Tinto y el Odiel. El Hudson y el Este. La Estatua de la Libertad mira, cruzando todo el Atlántico, a la de Colón. Me gustaría crear un grupo de exiliados injustamente, de apátridas: Huelva York.

Ya ves tío...

A las nueve y catorce salía de la casa de Cristo para llegar poco después de las diez a la facultad de mi madre. Hola, amor.

He bajado a por un café. ¿Y ya? También he leído. ¿El qué? No me acuerdo. ¿Durante toda la tarde? Sí, ¿y tú, las clases, bien? Esa dubitación desinteresada, ladina, se hizo costumbre, se expandió por los sesos de mi padre. Su simpatía, por aquella época, ya empezaba a estar reservada para los amigos; para su chica, solo le quedaban algunas atenciones de amor que, en adelante, serían sustituidas por sus credos. La mirada también le comenzaba a cambiar cuando volvía de estar con ellos, el azulito del iris se le desperdigaba con ansia por lo blanco de los ojos. Mi madre nunca se percataría. Pues yo, bueno, hoy en Antropología Social... Sin más.

Cuando llegaban al barrio de Los Rosales, el silencio del camino de vuelta ya había contribuido a que ella se convenciese de que su novio era un poco más humano, que llegaría al piso y sería como los chicos de las películas. Él le hacía la cena bajo la luz del extractor, aspirante, mi madre fumaba. De espaldas, mientras calentaba la sopa, mi madre lo examinaba y aquella vez él la pilló mirando. ¿Qué pasa? Nunca pasaba nada por la cabeza de la chica. Nada. Dime qué pasa. Nada, que así desde detrás pareces marica. Él se giró sin soltar la cacerola, la repasó con sus ojos nuevos, ojos de indio, ojos de lata. ¿Marica cómo? ¿Marica como Morrissey o marica como tu primo? Mi madre seguía fumando, apoyando el codo sobre su tripa, retándolo con su sonrisa torcida, enamorada. ¡Bu! Se rieron, los dos. El cigarro cayó al suelo. Después del silencio, se cambiaron a la mesita baja del salón.

¿Qué me ibas a decir de Antropología? Antes de que ella pudiese recordar el experimento de la conformidad de los grupos de Solomon Asch, mi padre acabó desembuchando, como siempre: he estado con Cristo. Cuando se confesaba inspeccionaba su plato, haciéndose el tonto, como si meter el último fideo en la

cuchara fuese su drama vital. Mi madre lo miraba con resentimiento y no decía nada. Seguía comiendo. Antes de que ella recuperase sus ganas de impresionarlo, él la empezaba a buscar con los ojitos nuevos, ojos de cariño. ¿Sabías que Cristo se casó con María Magdalena y tuvo hijos con ella? Mi madre bebió agua. ¿En serio? Sonrió falsamente con la servilleta en la boca. Sí, está en Los Apócrifos, pero la Iglesia los oculta.

Ella se esforzó en creerlo e, inconscientemente, fue cultivando la idea de que todos los demás mentían, o eso o también eran tontos, como ella, que no sabía, que se había dejado engañar desde siempre. Por el cáncer, por la mentira del reciclaje, por los edulcorantes del muesli, por los billetes del dólar, por la operación INFEKTION y, si no, por alguna casualidad que revelaba una tragedia próxima que ella no sabía descifrar. Las miradas de los perros. Blancas. Los gajos diminutos de las mandarinas. No se deben cortar las uñas por la noche, da mala suerte. Las leyes del Kybalión. Lo que es arriba es abajo. Sus registros akáshicos. Te las has cortado tú, ¿no? La chica decidió quedarse en ese mundo extraordinario, de balones fuera, de sistemas y condenas, sin culpas ni responsabilidades, hasta que la burbuja le explotó una década después, y tuvo que volver a un planeta sin justicia, sin alienígenas estadounidenses, sin espíritus y sin paranoias. Al lugar del que venía, uno en el que se desayunaba, se estudiaba, se limpiaba y se dormía, uno en el que nadie era el elegido de nada y, muchísimo menos, ella, con lo normalita que siempre había sido.

Al cumplir veintiuno, mi padre había apurado el dinero de todo el mundo y se había cansado de Sevilla. Volvió al pueblo, a su casa de siempre. El aburrimiento lo consumió durante meses,

trabajó en las calles, limpiándolas, y también de peón en algunas obras. Una mañana, una en la que su descontento estaba a punto de explotar en una depresión, mi abuelo le dio la noticia: la asociación quiere abrir el casino de los mineros otra vez. Ellos se encargan de la reforma, el que lo coja solo pagará el alquiler. A cambio, las normas las pondrán los socios, le dijo. Los pocos que quedaban en el pueblo se creían demasiado jóvenes para esa intendencia, preferían las calles o ir en la camioneta a recoger naranjas. Él sabía de bares. De comprometerse, podría pinchar sus discos y tener una excusa impecable para comprarse licores caros. Era disciplinado y agradable, aunque sus pintas de golfo no lo defendieran. No tenía nada mejor que hacer. Sí.

La cantina llevaba sin dueño desde mucho antes de que él llegase al pueblo. Hogar del Productor. Lo reformaron, pusieron un billar, dos televisiones y arreglaron la chimenea del comedor y uno de los cuartos que antes se había usado de bodega. Abrieron, por primera vez, para las noches de velada. Cuando la gente se iba, continuaban sus fiestecillas en la parte de atrás, a la que se salía por la cocina, donde los palés de madera apilados les servían de butacas para el verano. A finales de los noventa, el bar hacía una caja tremenda. Y en los meses de verano se forraban. La gente ahora venía de turismo, de finde, de paso. Coincidió que un chorro de dinero había entrado en los pueblos, más que suficiente para abrir una piscina pública a las afueras, una pequeña pista de avionetas y un gimnasio. Convirtieron el antiguo campo de tenis de los franceses en una de las pausas indispensables de varias rutas de senderismo. «Ruta Huelva a lo largo de la Historia». «Onuba pionera». «Camino de los franceses: resquicios culturales». «La minería, un paseo para recordar los sudores pasados».

Después de la incorporación de Grecia a la Unión Europea en 1981, España e Italia se montarían también en ese barco cinco

años más tarde, lo que les revelaría a los señores trajeados de por ahí la necesidad de unos fondos concretos que equipararan a las distintas regiones en términos de desarrollo. Por eso, poco a poco, desde los noventa, fue entrando en los pueblos de Huelva una ingente cantidad de dinero para gastar en infraestructuras vacías e innecesarias que los igualaran al resto del país, y de Europa. Fue una época prometedora para estar vivo, pero a mí me tocaría vivirla desde el cosmos ilusorio de los genitales de mi padre, en formación, en concepto, ya gestándose.

Mientras él seguía llenando sus manos adolescentes con dinero de los turistas para el despilfarre de sus amigos, acababa todas las madrugadas durmiendo en casa, con sus padres, procurando no hacer ruido al afechar la puerta. Su hermano menor, como siempre, no. Había tomado mejores decisiones. En esos tiempos, mi madre iba y venía de Huelva, con algunas matrículas de honor sin importancia. Empezaron a ahorrar. Paulatinamente, el pueblo muerto, ahora pueblo socio, reconoció al canijo de la coleta y revivió en su cantina la rutina del dominó, de la cerveza, de la conversación, del café. Luego: partidos de fútbol, fiestas del colegio, comuniones, bautizos, bodas, cumpleaños, más veladas.

Las minas llevaban cerradas desde los cuarenta y las instalaciones se habían quedado al cuidado de esa sociedad anónima que no las vendería hasta más adelante a una empresa de Singapur, que tardó en personificarse. A cambio, los obreros herederos, que ya eran viejos, firmaron un acuerdo. Además del capital que se repartirían entre ellos, todos los varones en paro empadronados en el pueblo, sin excepción, debían trabajar en la mina en el caso de que los futuros sondeos fuesen favorables. Los chavales del pueblo ignoraron la existencia de ese pacto, firmado por sus padres y abuelos, hasta el 2006, momento en el que la empresa retomarí las explotaciones.

Con el pellizco que los herederos se habían llevado, construyeron nuevas habitaciones en sus casas y se hicieron patios grandes. Al final, la parte de abajo, tan ordenadita, uniforme y gris, se volvió un caos curioso en el que las ventanas daban a otras casas, y las calles dejaron de existir, se sustituyeron por pasillos techados, con hiedras, que conducían a otros laberintos en los que los carteros se frustraban tanto que terminaban dimitiendo. Parecía que, instintivamente, los viejos mineros habían erigido un dédalo, una maraña confusa, para que aquellos que estaban fuera de su mundo acabaran por renunciar también en sus búsquedas de un López o de algún número 5 de una tal calle Cuartel.

Con el éxito del bar, aún en el año 2000, cuando aún no se atisbaba la llegada de los nuevos colonos de Singapur, mi padre contrató en su antro de mediodía a los amigos que, como si Dios los hubiese congregado a todos, volvieron al pueblo en el momento justo. Sin minas todavía y sin buenos trabajos, tener a mi padre de jefe era la única salida, y placentera. Entre las paredes coloradas de lo que un día fue el café-casino de los pudientes, ahora sonaba Skunk Anansie mientras unos críos servían cerveza a los viejos, ahora amigos, de toda la vida. Se inauguraba en el mundo una nueva época en la que, durante los días, era de día y, hasta en las noches, iluminaba un sol calentito que hacía sentir a los humanos los recuerdos antes de tiempo.

Entre semana estaban Moi, Kike, Modesto y Cristo, que necesitaba alejarse de las sustancias de la capital. Los fines, mi madre en la cocina, y Modesto y Moi con las bandejas. Mi padre siempre estuvo. Moi también. Él era una extensión de la barra, del dueño y, muy probablemente, también del hijo que aún no había salido disparado en forma de semilla blanca de su jefe. Yo, antes de germinar, apurando mis últimos momentos de maduración en el epidídimo, ya intuía que Moisés se convertiría,

sin saber muy bien cómo, en otra de las partes fisiológicas de mi padre.

¿Ahora a dormir con los papis?, se lo dijo Kike una de las madrugadas en las que mi padre fregaba el suelo de la cocina. Cállate, niño. Kike era el más joven. Todos lo eran, pero él, aún menor. Ya tenía coche, un Audi RS2 maquintero, un regalo de cumpleaños de su padre, que era el dueño de dos cooperativas de Ayamonte, eso le hacía parecer adulto. Aún no podía conducirlo, pero entre los pueblos eso no importaba, eran tiempos en los que los policías eran amigos y no capullos, como me contaría mi padre de mayor. Kike también tenía argollitas y un pelo pincho que mi padre y Moi odiaban. Cuando querían llevar la razón, como siameses diabólicos, sacaban el tema de su pelito y lo desacreditaban. Se reían de él. Vaya panda de mamones, ya no vengo más al bar, jipis. Lo consideraban el niño más tonto del mundo y él, a ellos, unos fumados con gustos de mierda, en la música y en las mujeres. Muchas noches se iba a su casa antes de tiempo, cabreado. Qué hijos de puta. Pero siempre volvía, porque eran una familia, porque estaban solos y porque la Tierra apuraba sus últimos años estando bien y siendo real.

Esa noche los dos se quedaron hasta el cierre. Mi padre bajó la cuesta de su casa y, por el camino, a lo lejos, vio las luces del Audi de Kike adelantarlo por la nacional. Derrapaba en las curvas cuando llegaba al carril de los chinos, asustando a los cervatillos que solían tumbarse bajo las moreras de la estación. Qué cabrón. Mi padre prefería volver andando. Cuando llegó, fue al baño a lavarse los dientes. Al ver su cepillo rozando al de su madre volvió a pensar en la impertinencia del niño.

Por la mañana, mientras recogía su desayuno, sus padres se despertaron y calentaron el café, sacaron las migas del tostador